

En esta situación de ánimo se encontraba Mario. Al mismo tiempo que así pensaba, decaído, pero resuelto, vacilante, sin embargo, y, en suma, temblando ante lo que iba á hacer, su mirada vagaba por lo interior de la barricada. Los insurgentes estaban hablando á media voz, sin moverse; se sentía ese casi silencio que distingue la última fase de la espera. Por cima de ellos, en una ventana del tercer piso, Mario distinguía una especie de espectador ó testigo que le parecía singularmente atento. Era el portero muerto por Le Cabuc. Desde abajo, á la luz de la antorcha metida entre adoquines, se descubría vagamente su cabeza. Nada más extraño en aquella claridad sombría é incierta que aquella faz lívida é inmóvil, asombrada, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos, la boca entreabierta, inclinada hacia la calle en actitud de curiosidad. Parecía que el que estaba muerto contemplaba á los que iban á morir.

Un largo rastro de sangre, que había salido de aquella cabeza, corría en hilos rojizos desde la ventana hasta la altura del primer piso, en que desaparecía.

## LIBRO DÉCIMO CUARTO

### LA GRANDEZA DE LA DESESPERACIÓN

## LA BANDERA ROJA DERRIBADA

Aún no venía nadie: las diez habían dado en Saint-Merry. Enjolras y Combeferre habían ido á sentarse con la carabina en la mano cerca de la cortadura de la barricada mayor: no hablaban; escuchaban, tratando de oír aún el ruido de la marcha más sorda y más lejana.

De repente, en medio de aquella calma lúgubre, se oyó una voz clara, joven, alegre, que parecía venir de la calle de San Dionisio, y que empezó á cantar con el tono de una antigua canción popular, esta otra que terminaba por un grito semejante al canto del gallo:

Mi nariz destila lágrimas,  
Préstame, amigo Bugeaud,  
La de uno de tus gendarmes,  
Que sea de lo mejor.

Con ella podré á la calle  
Salir luciendo este talle  
Que envidia á los mozos da.  
Quiquiriquí cacaracá.

Ellos se apretaron la mano.  
—Es Gavroche,—dijo Enjolras.